

## LA PRIMAVERA INVERNAL

El título parece una contradicción y seguramente lo es, puesto que ni la Primavera es el Invierno ni el Invierno es la Primavera. Aunque no debemos olvidar que la nuestra es la época de la contradicción, del absurdo y de la mentira, todos los cuales se han convertido en la condición normal de la vida social. La Lógica ha sido definitivamente desterrada y, en cuanto a la razón, todo da a entender que se ha confundido con la voluntad, dado que ahora lo razonable o lo verdadero equivalen simplemente a *lo que yo quiero*. El Mundo moderno ha aceptado, como cosa ordinaria, comportamientos que en otros tiempos hubieran sido tachados como propios de la locura; y de ahí que las personas *normales*, o las que en aquellas épocas habrían sido consideradas como tales, se vean hoy rechazadas por una sociedad que las tilda de intolerantes, excéntricas, ajenas al progreso y a la Modernidad, *conservadoras* de un pasado obsoleto irremediabilmente destinado al cuarto trastero: raros ejemplares que no pueden aspirar a otra cosa que a ser tolerados, siquiera sea de momento.

De ahí que la actual profunda crisis que sufre la Iglesia haya sido denominada, con toda tranquilidad y sin mediar rubor por parte de nadie, como *La Primavera de la Iglesia*. La posible protesta contra la expresión —aunque no se sabe de ningún caso— habría sido considerada sencillamente como disparatada.

En el mundo del Catolicismo, los escasos creyentes que todavía pretenden mantenerse fieles —Jesucristo hablaba de su *pequeño re-*

*baño*<sup>1</sup>— se encuentran en estado de confusión y turbación. Acosados por todas partes, tildados de ajenos y rebeldes a lo que se pretende ser el *espíritu del Concilio*, señalados como grave obstáculo al Nuevo Orden y a la Nueva Iglesia que están siendo implantados, andan errantes sin saber adónde dirigirse —*errantes por desiertos y montes, por cuevas y cavernas de la tierra*<sup>2</sup>—, deambulando *como ovejas sin pastor*,<sup>3</sup> y pensando si acaso estarán equivocados o habrán traicionado, quizá, su debida fidelidad a la verdadera Iglesia. En la situación de angustia en la que se encuentran, y aun sabiendo que la Iglesia no puede desaparecer (Mt 16:18), sufren momentos de perplejidad en los cuales llegan a creer que no la encuentran por ninguna parte. Piensan, puesto que no pueden dejar de ver lo que es evidente ni de percibir lo que es demasiado patente, que la Iglesia que contemplan es distinta de Aquélla en la que fueron bautizados, de tal manera que casi se ha hecho irreconocible para ellos. Ante lo cual, el ambiente general los increpa, tratando de convencerlos de que nada ha cambiado; como no sea para dar lugar al resurgimiento de algo infinitamente mejor que lo anterior y donde los fieles han encontrado —¡por fin!— la verdadera Iglesia de Jesucristo. . .

Sin embargo, como suelen decir los expertos en Sociología, *los hechos sociales son como bolas macizas*. Simplemente están ahí, y no se pueden negar, como no sea por parte de alguien que se empeñe en afirmar que lo blanco es negro y que lo negro es blanco. Pues las cosas han cambiado lo suficiente como para que sea imposible pensar que todo queda reducido a una transformación circunstancial, causante en todo caso, a su vez, de mejoras transcendentales.

En tiempos ya muy remotos, circunstancias semejantes quedaban resueltas fácilmente. Bastaba con atenerse a las enseñanzas y direc-

---

<sup>1</sup>Lc 12:32.

<sup>2</sup>Heb 11:38.

<sup>3</sup>Mc 6:34.

trices del Magisterio, que siempre se mostraba firme y coherente, en línea con la Tradición —*no se introduzcan innovaciones; sino sencillamente lo que nos ha sido transmitido*, decía San Vicente de Lerins ya en el siglo V— y hablando con autoridad. Pero en la actualidad, sin embargo, el problema no es tan sencillo. Existen muchos Pastores de la Iglesia diseminados por todo el mundo; bastantes de ellos con diversas opiniones, contradictorias a veces e incluso claramente contrarias a la Fe. Por otra parte, el Magisterio tiende ahora a ocuparse de problemas de la vida social que, si bien pueden ser merecedores de atención, son ajenos sin embargo al ámbito sobrenatural y a lo concerniente a la salvación de las almas. O bien emplea un lenguaje evanescente, difuso, ambiguo y revesado, en el que, por desgracia, los fieles no suelen encontrar solución a sus problemas.

Con todo, ¿es cierto que nos encontramos ante una *Primavera de la Iglesia* y que nada ha cambiado como no sea para mejorar...? Y de todos modos, puesto que la situación no es en absoluto clara, ¿qué puede hacer el *pequeño rebaño* mientras busca el verdadero camino y suspira en ansias de fidelidad a la Iglesia, de la que sabe muy bien que no hay camino de salvación fuera de Ella? Como también está convencido de que la Jerarquía, sea fiel o no a su misión, es sin embargo la Jerarquía, de la que no se puede prescindir ni cambiarla por otra... , si acaso se quiere ser fiel a la voluntad de Jesucristo. He ahí el drama más punzante y doloroso para los católicos conscientes y fieles de nuestro tiempo.

Por eso vamos a tratar de dilucidar de algún modo el problema, intentando, sobre todo, señalar caminos seguros de actuación. Los cuales es indudable que existen, puesto que Dios no abandona nunca a los suyos, ni permitiría que el ámbito de la verdadera Iglesia apareciera como algo difuminado y difícil de encontrar por quienes lo buscan.

¿Realmente es cierto que nada ha cambiado...? ¿Es verdad que buena parte de la Iglesia actual, y precisamente la más expuesta a la contemplación del mundo —*no se enciende una luz para ponerla debajo del clemín, sino sobre el candelero*<sup>4</sup>— no parece distinta de lo que fue? Más todavía, ¿acaso no produce la sensación de que incluso es *otra* Iglesia?

Es bien conocido el increíble avance de las técnicas publicitarias y de manipulación de masas. Gracias a las cuales se ha logrado que la gente apenas si llega a plantearse el problema; e incluso, en todo caso, que se encuentre bien convencida de que nos hallamos en la más floreciente de las primaveras eclesiales.

Transcribimos a continuación un texto obtenido de uno de los libros de Malachi Martin (señalado con asteriscos), incompleto y fragmentado debido a su extensión, pero fiel al original.<sup>5</sup> Si bien el texto puede parecer extenso, es sin embargo más elocuente que lo que nosotros podríamos decir:

\*\*... Una vez pasada la violencia de los vientos y amanecido ya el nuevo día, la gente miró a su alrededor. Para encontrarse con que, de repente, el Latín universal de la Misa había desaparecido. Y aún más extraño todavía: era la misma Misa Romana la que había desaparecido. En su lugar había un nuevo rito que se parecía tanto a la antigua e inmemorial Misa como un cobertizo a una mansión palaciega. El nuevo rito se celebraba en una babel de lenguas, si bien cada una decía cosas diferentes. Las cuales no sonaban precisamente como

---

<sup>4</sup>Mt 5:15.

<sup>5</sup>Malachi Martin, *The Jesuits (The Society of Jesus and the Betrayal of de Roman Catholic Church)*, Simon and Schuster Paperbacks, New York, 1987, pags. 246–250. El P. Malachi Brendan Martin, ex jesuita y autor de sesenta libros, fue profesor en el *Instituto Bíblico Pontificio del Vaticano*. Personaje controvertido, tanto con respecto a su vida como a sus obras, fue considerado como demasiado tradicionalista por los partidarios de la nueva Teología.

que eran verdades católicas. Por ejemplo, que sólo Dios el Padre era Dios; que el nuevo rito era una *cena comunitaria*, y no una actualización de la muerte de Cristo en la Cruz; que los sacerdotes ya no eran sacerdotes del sacrificio, sino ministros de la mesa que atendían a los invitados asistentes en una común comida de hermandad. . .

Pero la devastación que produjeron aquellos vientos huracanados no se detuvo aquí. Las iglesias y las capillas, los conventos y los monasterios, habían sido despojados de las imágenes. Los altares para el sacrificio habían sido retirados o al menos abandonados, poniendo en su lugar mesas de cuatro patas situadas frente a los fieles, como preparadas para una agradable comida. Los tabernáculos habían sido removidos de sus lugares, y con ellos la fe en el sacrificio de Cristo como la esencia de la Misa. Las vestiduras sagradas también habían sido modificadas o abandonadas por completo. Los barandales para arrodillarse al recibir la Comunión habían desaparecido. Se les había dicho a los fieles que ya no tendrían que arrodillarse para recibir la Sagrada Comunión, sino que en adelante habrían de permanecer de pie, como hombres y mujeres libres, para recibir el Pan de la Comunión y la Copa del fruto de la vid de la Camaradería de sus propias y democráticas manos. En muchas iglesias, algunos miembros de la Congregación habían sido expulsados por *perturbar públicamente el culto*, lo cual significaba haberse atrevido a hacer una genuflexión; o lo que es peor todavía, haberse arrodillado para recibir la Sagrada Comunión en el nuevo rito. . .

Aparte de lo sucedido en iglesias y capillas, los misales Romanos, los folletos de orientación para la Misa, los libros de oraciones, los crucifijos, los lienzos para el altar, las vestiduras para la celebración de la Misa, los barandales para la Comunión, los púlpitos, las imágenes, los reclinatorios, las Estaciones del *Vía Crucis*. . . , o bien fueron arrojados a las llamas o a los vertederos de las ciudades, o

bien fueron vendidos en públicas subastas en las que los decoradores de interiores los adquirirían a precios de ganga, con el fin de imponer un nuevo *estilo eclesiástico* en departamentos y casas elegantes de los suburbios. Así es como un altar tallado en roble, por ejemplo, se convertía en una elegante mesa-tocador. . .

Muchas monjas dedicadas a la enseñanza abandonaron sus hábitos religiosos y se apresuraron a adquirir ropas laicas, además de cosméticos y joyería. Así como a decir adiós a sus Obispos locales, quienes hasta ese momento habían sido sus superiores mayores, para declararse a sí mismas constituidas como normales, dignas y honradas educadoras norteamericanas y poder continuar de este modo sus carreras de docencia. . .

Los que todavía permanecieron —laicos y clérigos— no se sintieron satisfechos: Ni con las operaciones llevadas a cabo para la abolición de la tradicional Misa Romana, ni con el conjunto de cambios introducidos en el ritual católico y en el culto, y ni siquiera con la recién estrenada libertad para poner en duda todos los dogmas. Nada de eso les parecía suficiente. Así fue como surgió un gran clamor en favor de favorecer el uso de contraceptivos, de legalizar las uniones de homosexuales, de declarar el aborto como algo opcional y de admitir las relaciones sexuales prematrimoniales bajo ciertas condiciones. E idénticas reivindicaciones se alzaron acerca del divorcio y la posibilidad de nuevo matrimonio dentro de la Iglesia, del matrimonio del clero, de la ordenación de mujeres, de llevar a cabo una rápida unión con las Iglesias Protestantes. . . , y hasta de aceptar el Comunismo, no sólo como medio de resolver la pobreza endémica, sino de decidir acerca de la Fe misma.

Se puso de moda una nueva forma de blasfemia y de sacrilegio. Para los homosexuales católicos, la expresión *el discípulo a quien Jesús amaba* adquirió un nuevo significado. ¿Acaso ese discípulo amado

no había *descansado sobre el pecho de Jesús* durante la Última Cena? Con lo cual quedaba consagrado el amor del hombre por el hombre: ¿O acaso no era así? Aparecieron sacerdotes homosexuales utilizando vestiduras color lavanda, diciendo Misa en el nuevo rito para sus congregaciones de homosexuales. . .

En apoyo de todo este abigarrado conjunto de cambios y de promotores de cambios surgió una completa falange de *expertos*: Teólogos, filósofos, expertos en liturgia, *facilitadores*, *coordinadores socio-religiosos*, ministros laicos (masculinos y femeninos), *directores de praxis*, etc. Pero aun independientemente de tales títulos tan novedosos, lo que todos buscaban era especialmente dos cosas: conseguir conversos a la nueva Teología en primer lugar; y luego vapulear a los tradicionalistas, quienes por otra parte ya estaban batiéndose en retirada. Toda una oleada de publicaciones —libros, artículos de revistas y nuevas revistas, boletines, folletos de información, programas y esquemas— inundaron el mercado popular católico. Los *expertos* cuestionaban y *reinterpretaban* cada dogma y creencia tradicional que hubieran sido universalmente sostenidos por los católicos. De hecho todo era puesto en duda, aunque más especialmente cualquier cosa que pudiera suponer dificultad y esfuerzo en las creencias de la Iglesia Católica: penitencia, castidad, ayuno, obediencia, sumisión, etc. Todo lo cual fue sometido a un cambio violento de la noche a la mañana. . . \*\*

Y todo esto no es mas que el resumen de una relación que podría continuar casi interminablemente; algo así como si no fuera sino la punta del iceberg. Y porque no hemos pretendido ahondar en los fundamentos filosóficos y teológicos del tornado producido en la Iglesia, los cuales aquí apenas si han sido esbozados. Cuando parecía que el Papa San Pío X había acabado con la herejía modernista, ahora quedaba patente, sin embargo, que sólo había sido reducida al esta-

do de hibernación, a fin de reaparecer en nuestro tiempo con fuerza insospechada. Por lo que es de esperar que la Providencia Divina proporcione a su Iglesia un nuevo San Pío X que ponga definitivamente coto al problema.

Una vez que el ser humano se halla dispuesto a disparatar, el absurdo, la aberración y la mentira tienden a manifestarse sin límites. Scheeben consideraba el pecado como *misterio de iniquidad*, lo que equivale a decir que es un abismo de maldad que carece de fondo puesto que, al fin y al cabo, la ofensa infligida por él es infinita, dada la dignidad del ofendido, el cual no es otro sino Dios. De ahí que la lista de desvaríos cuyo brote ha hecho posible el suave clima de la *Primavera eclesial*, parezca interminable.

Uno de ellos, por ejemplo, tiene que ver con el triunfo alcanzado por el llamado *feminismo* frente al también llamado *machismo*. Por fin la mujer se ha *liberado* de la opresión que había venido sufriendo hasta ahora por parte del varón, después de haber alcanzado la posibilidad de *realizarse a sí misma* y de *ser ella misma*. Victoria digna de ser grabada en mármoles y de proporcionar la felicidad al (antiguo) sexo débil, (ahora) al fin fuerte y emancipado. La única condición requerida para alimentar tal euforia consiste en no insistir acerca del significado de ciertas expresiones, como las de *realizarse a sí misma* o *ser ella misma*. . . , por la sencilla razón de que nadie ha logrado averiguar jamás en lo que consisten tales badomías. Cuya culminación se ha producido cuando ha llegado el momento de descubrir, nada más y nada menos, que ¡Dios es femenino, así como que la Iglesia también se ha hecho femenina. . . !

Es por eso por lo que, si los homosexuales han encontrado al fin su carta de legalidad en la actual *Primavera eclesial*, ¿cómo no iba a ocurrir lo mismo en el amor de la mujer por la mujer? Un texto de Malachi Martin dice así:

\*\* Solamente las mujeres católicas de la generación de los años sesenta fueron lo bastante inteligentes para descubrirse a sí mismas como víctimas del *sexismo eclesial*. Por fin era llegado el momento para ellas de pasar factura a la vieja Iglesia mentalmente sexista. Había surgido al fin la *Iglesia-de-la-Mujer —Womanchurch—*, que es una de esas extrañas palabras que se pusieron de moda y que venían a concretarse, en definitiva, en reuniones de mujeres en apartamentos privados donde Ella (Dios la Madre) era honrada con culto y acciones de gracias por haber enviado a su Hijo (Jesús) mediante el fertilizante poder del Espíritu Santo (Ella misma la Mujer primamordial).<sup>6</sup> \*\*

Pero no podemos continuar con la enumeración de un elenco de absurdos que resultaría demasiado largo, cuando además existe suficiente bibliografía seria sobre la materia. Aunque sí conviene mencionar, siquiera sea de pasada, el atentado perpetrado contra la Constitución divina de la Iglesia.

Los disparatados vientos que pretendieron imponer la *democratización* de la Iglesia, como otro de los efectos de la *Primavera*, casi acaban con la autoridad de la Jerarquía, en un desaforado intento de sustituirla por el gobierno de los laicos. Lo que es tan contrario a la voluntad del Divino Fundador de la Iglesia, que hubiera supuesto para Ella un golpe de muerte en el caso de llevarse a cabo. Puesto que la Iglesia no es democrática, sino jerárquica.

Consideremos, por ejemplo, el caso de los Obispos. Poseen pleno poder de disposición en sus diócesis respectivas, de tal modo que solamente dependen directamente de la autoridad del Papa o del Concilio Ecuménico (también presidido por el Papa, como condición necesaria para su legalidad y validez). Por lo que ninguna *Conferencia*, por Episcopal que sea, goza de jurisdicción alguna sobre ellos. Y

---

<sup>6</sup>Malachi Martin, *o. cit.*, pag. 248.

más aún después de haber quedado patente el hecho de que las Conferencias Episcopales son una creación del Concilio Vaticano II más bien desafortunada. En definitiva han venido recortando la autoridad y la libertad de los Obispos en sus respectivas sedes, imponiendo con frecuencia formas de coacción con respecto a sus decisiones (incluso aun suponiendo buena voluntad por parte de la Conferencia). Por otra parte —y esto es lo más grave—, las Conferencias se han mostrado susceptibles a la influencia de ciertos Grupos de Presión, a los que nunca ha parecido preocupar demasiado las verdaderas necesidades de la Iglesia.

Los mismos vientos de democratización han hecho acto de presencia también a nivel parroquial. Las parroquias se han convertido en *agencias* dirigidas por laicos. Los cuales, en último término, son quienes lo deciden todo: a través de Comisiones de Liturgia, Comisiones Económicas, Comisiones de Pastoral, Comisiones Sociales o de Administración y Vida Parroquial, etc., etc., todas ellas presididas y operadas por laicos. Con lo que el párroco queda reducido a la condición de mero funcionario a las órdenes de las diversas Comisiones, sin poder disponer nada sin contar con su previa aprobación. Para decirlo brevemente: el pastor recibiendo órdenes y directivas de las ovejas.<sup>7</sup> En algunas de las nuevas *Comunidades* surgidas en la Iglesia, incluso la dirección y los principales papeles en el culto están reservados a los laicos, sin que la presencia del sacerdote apenas suponga nada.

Sin embargo, y dado que Jesucristo instituyó su Iglesia estructurada en forma de Jerarquía y de simples fieles, ni siquiera la misma Iglesia podría modificar tal configuración: *Una Iglesia que se hubiera convertido en democrática, abandonando para ello su condición*

---

<sup>7</sup>El fenómeno se ha manifestado con mayor crudeza en países como los Estados Unidos.

*de jerárquica, ya no sería la Iglesia fundada por Jesucristo. Pese a lo cual, como dice Malachi Martín aludiendo al tornado que sacude la Iglesia,*<sup>8</sup>

\*\* Todas las esperanzas se centraron ahora en la comunidad. *El Pueblo de Dios* era ahora considerado como algo distinto y separado de la antigua y rígida jerarquía que formaban el Papa, los obispos, los sacerdotes y las monjas, en la inflexible estructura de la disciplina de Roma. Más todavía: este Pueblo de Dios —tanto en su conjunto como en cada pequeña agrupación de creyentes— era ahora considerado como la verdadera Iglesia, la auténtica fuente de la Revelación, el único garante de la moral, la sola fuente de lo que debía creerse. En materias de fe, de moral, de dogma y de práctica religiosa, la Roma de Georgia poseía la misma autoridad que la Roma de los Papas. . . \*\*

—*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.*<sup>9</sup>

Por lo que a mí respecta, mi nacimiento a la vida sobrenatural tuvo lugar en la Iglesia Católica. La Única Verdadera, y la Única fundada por Nuestro Señor Jesucristo. En Ella fui ordenado sacerdote en tiempos del Papa Pío XII y en Ella espero la gracia de morir. Por lo demás, soy consciente de que, según la promesa de su Divino Fundador, la Iglesia no puede desaparecer y de que, por lo tanto, Ella *está ahí*, por más que a veces resulte difícil reconocerla y aun de encontrarla. También estoy convencido, por la fe, de que es la Iglesia el único camino de salvación y de que no es posible encontrar otro fuera de Ella. No he recibido el carisma de fundar otra nueva, como tampoco el de prescindir de la Jerarquía o el de cambiarla por otra: *Donde esté Pedro* —el traidor del canto del gallo en la noche de la

---

<sup>8</sup>Malachi Martín, *o. cit.*, pag. 249.

<sup>9</sup>Jn 6:68.

Pasión; o el que murió heroicamente en la cruz, cabeza abajo por amor y fidelidad a su Maestro—, *allí está la Iglesia*.

A pesar de lo cual, la metamorfosis es tan patente y profunda que sería inútil y poco honrado negar el hecho de que *parece* otra. Y sin embargo, aun en contra de todos los indicios y de la multitud de apariencias, *ésta es la sola Iglesia que pervive en continuidad con la de siempre y, por lo tanto, la Única Verdadera*. Por eso es llegado el momento, para nosotros los creyentes, de actualizar nuestra fe, de poner la confianza en Dios y de que, al igual que Abrahán, *esperemos contra toda esperanza* (Ro 4:18), puesto que Dios acabará viniendo en nuestra ayuda: ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Acaso Dios puede abandonar a los suyos? ¿O acaso va a dejar de velar por su Iglesia y de cuidar de Ella...? El verdadero discípulo de Jesús es el único portador de la verdadera Alegría y el solo poseedor de la auténtica Esperanza: *Cuando sucedan estas cosas, levantaos y alzad la cabeza, porque se aproxima vuestra redención*.<sup>10</sup> El Buen Pastor jamás abandonará a su Rebaño: *El que da testimonio de estas cosas dice: "Sí, voy enseguida". ¡Ven, Señor Jesús!...*<sup>11</sup> Por lo demás, *Alegraos en aquel día y regocíjao, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*.<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup>Lc 21:28.

<sup>11</sup>Ap 22:20.

<sup>12</sup>Lc 6:23.